

Visión poética de lo familiar en Miguel Hernández.



Miguel Hernández (de pié) y sus hermanos; Vicente, Concha y Elvira

La política, aunque sea intensamente vivida, nunca llega a absorber la vida de un hombre. Afortunadamente. Cuando el hombre cultiva el arte, la dedicación a la lucha por un ideal aunque éste le arrastre a defenderlo por las armas nunca ocupa en su vida el mayor afecto. Muy por encima de la servidumbre quedan en el poso del alma los ensueños de la niñez y de la adolescencia. La familia, la primera novia, la visión de una alborada limpia o un atardecer ensoñador. Son vivencias que quedan fijas y salen a flote precisamente con mayor fuerza en aquellos que cultivaron cualquier parcela de espíritu, que les permite remontarse sobre el nivel medio de las cosas y de las personas. Esta cualidad es más nítida en los poetas. Cuanto más rudimentarios, y de inspiración más honda y popular, mejor nos hacen llegar sus inquietudes. Si éstas provienen de un autodidacta y semianalfabeto, en la época de su niñez, las vamos a escuchar con una emoción especialísima. Pocas cosas habrá en nuestro trabajo cotidiano de médicos que nos distraigan más que el escuchar una voz dolorida. No es una imprecación de odio o rencor. Si fuera así no escribiríamos. Vamos nada más a oír un lamento muy humano y sencillo. Llanto por la mujer y el hijo ausente y desolación por otro hijo perdido.

Como médicos vamos a encontrar matices que el

vulgo no puede captar. Miguel Hernández, tras de sufrir una condena a muerte e indulto, permaneció en el cautiverio hasta su muerte a los 31 años. Un proceso turbulento con superación pulmonar le agotó lentamente. Hasta su última hora escribió versos de una fuerza terrible y siempre, repetimos, con la nostalgia de su legítima mujer, a quien amó apasionadamente. Es, pues, desde su "circunstancia" de hombre enfermo y en la soledad, desde donde vamos a juzgar parte de su producción poética.

En los tres años de cautiverio recuerda a su mujer, que fue el único amor de su vida:

Ausencia en todo veo,
tus ojos la reflejan;
ausencia en todo escucho,
tu voz a tiempo suena;
ausencia en todo aspiro,
tu aliento huele a hierba;
ausencia en todo toco,
tu cuerpo se despuebla.
Ausencia en todo siento,
ausencia, ausencia, ausencia.

Recibe esporádicamente visitas de su amada. Cada encuentro es una alegría, pero retornan las largas ausencias. Viene el lamento desgarrado:

¿Qué hice para que pusieran
a mi vida tanta cárcel?
Tu pelo donde lo negro
ha sufrido las edades
de la negrura más firme
y la más emocionante:
tu secular pelo negro
recorro hasta remontarme
a la negrura primera
de tus ojos y tus padres,
al rincón de pelo denso
donde relampagueaste.
Ay, el rincón de tu vientre;
el callejón de tu carne:
el callejón sin salida
donde agonice una tarde.

Véase cómo el poeta engloba familiarmente a su mujer, a la familia de ella, a todo el ambiente hogareño. No nos extrañemos que de forma figurativa recuerde hasta el acto sexual y el desnudo de su mujer después de tres años de separación involuntaria.

Ha muerto el primero de sus hijos sin medios y sin asistencia. Ni siquiera pudo verlo en su final. En su visión de ensueño piensa en el cementerio donde reposa su cuerpo:

El cementerio está cerca
de donde tú y yo dormimos
entre nogales azules,
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.
De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos y los muertos.
Cuatro pasos y los vivos.
Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.

Siempre encontramos en sus poemas tres recuerdos: el de la mujer, el del hijo muerto y el del hijo viviente. Para los que llevamos largos años al cargo de penitenciarias, como médicos, no es extraño que el preso confiese que sus noches se ven perturbadas por pesadillas, casi siempre de carácter sexual. Ahora oigamos una pesadilla del poeta:

Eres la noche, esposa: la noche en el instante mayor de su potencia lunar y femenina.

Eres la medianoche: la sombra culminante donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje su avaricioso anhelo de imán y poderío.

Un astral sentimiento febril me sobrecoge, incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos, y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.

Con una tempestad de enloquecidos lechos, eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta, tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.

Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta, con todo el firmamento, la tierra estremecida.

No olvida —repetimos— a los hijos. No todo son ensueños sexuales. Y al pensar en ellos dice:

El hijo está en la sombra que acumula luceros. amor, tuétano, luna, claras oscuridades.

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surgido, y a su origen infunden los astros una siembra, un zumo lácteo, un flujo de cálido latido, que ha de obligar sus huesos al sueño y a la hembra

Será tan fuerte el recuerdo familiar, que recuerda el primer parto de su compañera en plena guerra:

La gran hora del parto, la más rotunda hora; estallan los relojes sintiendo tu alarido, se abren todas las puertas del mundo, de la aurora, y el sol nace en tu vientre, donde encontró su nido.

Y no falta la nostalgia de los primeros días en que acompañaba a su mujer y veía con gozo de padre corretear al hijo y jugueteaba con él:

Las sombras y las ropas sin población, desiertas, se han poblado de un niño sonoro, un movimiento, que en nuestra casa pone de par en par las puertas, y ocupa en ella a gritos el luminoso asiento.

Hijo del alba eres, hijo del mediodía.

Y ha de quedar de ti luces en todo impuestas, mientras tu madre y yo vamos a la agonía, dormidos y despiertos con el amor a cuestas.

Es maravillosa esta primera lección que quiere dar a su hijo para que nunca olvide el amor de sus padres entre sí. Bello comienzo pedagógico que si el retoño vive nunca olvidará.

Llega Hernández en su admiración por el instinto maternal de su esposa a grabar para la posteridad esta alegórica simbólica de la lactación:

Tejidos en el alba, grabados, dos panales no pueden detener la miel en los pezones.

Tus pechos en el alba: maternos manantiales, luchan y se atropellan con blancas efusiones.

Seguramente admirado por el proceso de la gestación no duda en figurarse dentro del vientre de su misma esposa:

Caudalosa mujer: en tu vientre me entierro. Tu caudaloso vientre será mi sepultura.

Si quemaran mis huesos con la llama del hierro, verían que grabada llevo allí tu figura.

Cuando piensa en la fecundación y en la afirmación del nuevo ser, dice:

Para siempre en el hijo fundidos quedamos: fundidos como anhelan nuestras ansias voraces: en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos. en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.

Piensa en su liberación, en la vuelta al calor del hogar y en la responsabilidad que —a medias— le cabe en la educación del hijo. Y como si le hablara a su esposa con las manos entrelazadas, le dice:

Haremos de este hijo generador sustento, y hará de nuestra carne materia decisiva: donde asienten su alma, las manos y el aliento, las hélices circulen, la agricultura viva.

Aún en el medio de pobreza en que ha vivido y vive no piensa reducir voluntariamente la prole. Hombre del pueblo presente:

El hará que esta vida no caiga derribada, pedazo desprendido de nuestros dos pedazos, que de nuestras dos bocas hará una sola espada y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos. No te quiero en ti sola: te quiero en su ascendencia y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.

Y un día recibe carta de su esposa. Lee que no tiene apenas para comer pan y cebolla. Lejos de sumarse en la desesperación y hasta agradecido a esos sencillos alimentos, escribe unas estrofas sobre la cebolla, que son una de sus mejores poesías:

La cebolla es escarcha cerrada y pobre.

Escarcha de tus días

Hambre y cebolla

y de mis noches.

hielo negro y escarcha grande y redonda.

En la cuna del hambre mi niño estaba.

Con sangre de cebolla se amamantaba.

Pero tu sangre, escarcha de azúcar, cebolla y hambre.

Vuela, niño, en la doble luna del pecho

él, triste de cebolla,

tú, satisfecho.

Su amor por los hijos no se reduce a los propios. Siente una infinita piedad y ternura por los niños afectados por la guerra y así se desborda en una canción delicada, titulada "El niño yuntero".

Carne de yugo, ha nacido más humilde que bello,

con el cuello perseguido

por el yugo para el cuello.

Entre estiércol puro y vivo

de vacas, trae a la vida

un alma color de olivo,

vieja ya y encallecida.

Me duele este niño hambriento

como una grandiosa espina,

y su vivir ceniciento

revuelve mi alma de encina.

Le veo arar los rastros,

y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Por eso siempre tiene presente la muerte temprana de su hijo y de todos los niños muertos en la guerra. Y se lamenta así:

Muerto, niño; muerto, mío.
Nadie nos siente en la tierra
donde haces caliente el frío.

Para comprender a este poeta hay que recordar algo de su corta biografía: fue pastor hasta los 16 años en los campos de Orihuela, y, apenas sabiendo las primeras letras, fue componiendo poemas primeramente de inspiración gongorina. Compuso, muy joven, dos autos sacramentales en la más pura línea calderoriana. Desde que conoce a Josefina Manresa, le dedica casi toda su obra y su poesía se va convirtiendo en una veta que predomina lo sencillo y natural, pero siempre con una gran fuerza dramática que ha sido descubierta muchos años después de su muerte. La simplificación del lenguaje va a ser una de sus características. Vicente Aleixandre le calificó con estas palabras: "Tú, el puro y verdadero; tú, el más real de todos; tú, el no desaparecido". Nuestro Premio Nobel Juan Ramón Jiménez dijo al conocer sólo parte de su obra. "Que no se pierda esta voz, este acento, este aliento joven de España".

Pero corresponde a José María de Cossío el inestimable mérito de haber recopilado toda la obra dispersa y que probablemente no se haya perdido nada de lo que escribió. Aún más interesante es la biografía porque nos explica el que, a pesar de que en nuestra guerra civil luchó en la facción más extremada de la zona republicana, quedaran en él vivencias de lo religioso y familiar de honda raigambre. Leamos con recogimiento uno de sus primeros versos cuando estaba todavía orientado por otro escritor, también prematuramente desaparecido. Ramón Sijé, protector de Miguel, a quien ofreció su revista de neosía de inspiración católica. Se denominaba esta publicación "El Gallo Crisis", y allí escribe nuestro poeta un verso a María Santísima:

¡Oh elegida de Dios antes que nada;
Reina del Ala, Propia del zafiro,
nieta de Adán, creada en el retiro
de la virginidad siempre increada!
¡Tienes el ojo tierno de preñada;
y ante el sabroso origen del suspiro
donde la lecha mana miera, mido
tu cintura de no parir, delgada!

La contemplación de los campos de su patria antes de su adscripción política le sugería estas frases:

Apunta Dios la espiga en el sembrado.
florece Dios la vid, la flor del vino.
Muy pobremente rica,
muy tristemente bella,
la tierna castellana, ¿se dedica
a ser Castilla ella?
Pan y pan, vino y vino,
Dios y Dios, tierra y cielo...
Enguizcando a las aves y al molino
pasa el aire de vuelo.
Qué morada es Castilla,
qué morada de Dios y qué amarilla,
qué solemne morada
de Dios la tierra arada, enamorada,
la uva morada y verde la semilla.

Y del respeto profundo que le infundía la virtud y el recato de la mujer española con todas sus caracte-

terísticas, veamos nada más esta muestra:

De casta te vendrá lo de Castilla,
oh campal ricahembra castellana
asunto, como Dios de la semilla.
No esperes a mañana
para volver al pan, a Dios y al vino;
son ellos tu destino.
Y has de ser resumible, siempre, amigo,
en un racimo, un cáliz y una espiga.

Cuando su alma todavía no ha llegado a intuir las luchas que se avecinan en su España, vive exclusivamente de la contemplación del campo y las enseñanzas religiosas que ha recibido dejan huella indeleble. He aquí cómo nos relata su impresión de una Primera Comunión:

Tú, con naturaleza de semilla,
reducido a la mano,
transformado en harina,
transpuesto, transplantado.
En tan escaso medio de abundancia,
en tan mezquino círculo:
en tu materia blanca,
haces deiforme el trigo.
Oh, sacerdote: danos, puro, Aquello,
favor de sí otorgado.
¿Guardas, fiel, el Secreto
que mantienen tus manos?

Pero su talento natural, aún sin cultivar, comienza a fruncir el ceño ante injusticias que chocan contra lo más puro de su alma. Y en "Profecía sobre el campesino" ya deja entrever un lento cambio de actitud. Va quedando lejos su primitivo optimismo:

Tú no eres tú, mi hermano campesino;
tú eres nadie y tu ira, facultada
de manejables arcos acerados.
Pides la expropiación de la sonrisa
y la emancipación de la corriente
—lo imposible— del río.
¡Caín!, ¡Caín!, ¡Caín de los caínes!

Teme ver a españoles contra españoles, y, sin haber leído todavía nada de política ni haber tomado partido, recomienda amor y trabajo:

¡Ay!, ama, campesino;
adámate de amor por tus labores.
En nombre de la espiga te conjuro:
siembra el pan con esmero.
Día vendrá en un cercano venidero
en que revalorices la esperanza,
buscando la alianza del cielo, y no la guerra.
Tierra de promisión y de bonanza
volverá a ser la tierra.

Nadie le hizo caso y muy pronto dos bandos, como poseídos de locura, se atacaron durante tres largos años. Luchó en el campo que perdió la guerra, pero no con las armas. Con lo único que podía dar con efusión; sus versos y sus autos sacramentales estrenados en plena contienda. Y como tantos españoles también, en sus últimos momentos, se acordó de las improntas que su corazón de niño había recibido del humilde sacerdote de su pueblo: los mismos brazos piadosos que le asistieron en su iniciación espiritual recogieron su último aliento en aquel mismo Levante, su cuna y su sepultura.

La vida, la lucha y la muerte de este poeta debe ser lección meditada para todos, para que siempre podamos decir de nuestra España:

Tierra de promisión y de bonanza
volverá a ser la tierra.